

Lukas se despertó de pronto.

Abrió los ojos en la habitación, que estaba casi a oscuras. Como todavía tenía miedo a la oscuridad, su madre dejaba cada noche una luz encendida. Lukas miró el antiguo despertador que tenía en el suelo, al lado de la cama. No podía asegurar que ya sabía leer la hora. Pero creía que eran las cinco. Y eso era demasiado pronto. Nada iba a pasar antes de las siete. Enojado, se tapó la cabeza con el edredón, intentando dormirse de nuevo. Pero era imposible. Estaba completamente despierto. Y le resultaba difícil quedarse tumbado y quieto. Era imposible tener que esperar dos horas para que ocurriera algo el día de su cumpleaños, cuando iba a cumplir seis años.

Se preguntó qué le regalarían. El año pasado, cuando cumplió cinco, pensó que le regala-

larían una caja de herramientas que había visto en un escaparate. Era lo que deseaba. El día antes de su cumpleaños su padre llegó a casa con un paquete que hacía ruido. Lukas estaba seguro de que le regalarían la caja de herramientas. Pero no dijo nada. Una sorpresa tenía que ser una sorpresa, aunque uno supiera lo que había dentro del paquete. Pero este año no lo sabía. El problema es que había pedido muchas cosas. No pudo decidir qué era lo que quería de verdad. Seguro que era por eso por lo que se había despertado tan temprano. Estaba nervioso por si le regalaban algo que él no quisiera.

Lukas se puso a repiquetear con los dedos sobre el papel blanco y azul de la pared con un dibujo de barcos de vela. Tenía la cabeza llena de ideas que saltaban de un lado a otro.

Pensó que era una cosa extraña cumplir seis años. Como mínimo significaba que su hermano mayor, que se llamaba Markus pero a quien siempre le llamaban El Torbellino, ahora sería el doble de mayor que él. Tenía doce años.

Lukas se echó a reír en la cama. Si El Torbellino era el doble de mayor, también tendría que ser el doble de alto que Lukas. Pero entonces tendría que medir más de dos metros. Y debería tener los ojos el doble de grandes. Grandes como platos. O ¿debería tener el doble de ojos? ¿Cuatro en lugar de dos? No, aunque divertido, aquél era un pensamiento tonto.

A El Torbellino seguro que no le gustaría saber que Lukas había pensado que tenía cuatro ojos. El Torbellino se enfadaba fácilmente, sobre todo con Lukas. Siempre tenía que ir con cuidado con lo que decía y con lo que hacía.

Las ideas seguían saltando en la cabeza de Lukas. Ahora pensaba en su padre, que se llamaba Axel y conducía camiones. A menudo, cuando volvía a casa olía a cuadra. Entonces Lukas sabía que había estado transportando cerdos, o terneros, al matadero. Otras veces cuando volvía a casa olía de otra manera, completamente diferente.

Cuando su padre volvía a casa por la tarde, Lukas solía intentar adivinar lo que había transportado. Lo hacía yendo al garaje a oler el mono de trabajo que estaba allí colgado. Después iba a la sala donde estaba el televisor a esperar a que estuviera lista la cena. Le preguntaba si tenía razón en lo que había adivinado. A veces acertaba y a veces se equivocaba por completo. Ayer se equivocó. A Lukas le pareció que olía a aceite y a gasolina. Pensó que su padre había llevado cosas a las estaciones de servicio. Pero estaba equivocado. Su padre olía a aceite porque el camión se había estropeado y se había tenido que apoyar sobre el motor con las herramientas para arreglarlo.

El padre de Lukas se llamaba Axel. Axel Johanson era su nombre y por eso Lukas se llamaba también Johanson.

—Axel Johanson y Lukas Johanson —dijo Lukas en voz alta tumbado en la cama tocando el tambor con los dedos sobre el papel de la pared. Pero iba con cuidado en no hablar demasiado alto. En ese caso, su madre se despertaría, y Lukas no quería que ella advirtiera que estaba en la cama sin poder dormir.

De inmediato sus pensamientos se dirigieron hacia ella. Se llamaba Beatrice Aurora y era mucho más joven que Axel. Sobre todo, era diferente. Mientras Axel era grande y fuerte y tenía una voz fuerte, Beatrice era pequeña, delgada y hablaba muy bajito. Casi siempre parecía que susurraba. Axel se iba con el camión muy temprano por la mañana y volvía a casa a las cinco de la tarde. Mientras tanto, Beatrice se pasaba en casa todo el día si es que no iba a la tienda a comprar.

Cocinaba y limpiaba y a veces repintaba alguna vieja silla comprada en verano en alguna subasta. Lukas no entendía por qué le gustaba tanto repintar sillas viejas. Tampoco lo entendía Axel, pero no decía nada.

Lukas pensó en que tenía un padre y una madre. Lo mejor era que fueran dos. Muchos de sus amigos sólo tenían uno. Si se tenían dos y se quería algo, siempre se podía preguntar dos veces. Si uno decía que no, se le podía preguntar al otro. Podía ocurrir que uno de los dos dijera que sí. Lo mismo ocurría si uno decía que no podías salir a jugar a la calle porque ya era de noche. Si su madre de-

cía que no, se lo podía preguntar a su padre. Lukas había aprendido que siempre era mejor hacer las preguntas difíciles a su madre cuando estaba pintando alguna silla vieja. Entonces solía estar de buen humor y Lukas sabía que ni siquiera oía lo que le preguntaba. Lo peor era preguntarle cuando su padre no estaba. Entonces siempre decía que no. Con su padre era más difícil saber cuándo estar callado o cuándo preguntar. Además, a veces podía prohibirle hacer alguna cosa cuando antes se lo había permitido.

Lo de los padres podía ser difícil, pensó Lukas. Pero aún más difícil era tener un hermano mayor. Lukas se enojaba sólo de pensar que El Torbellino siempre sería mayor que él. Por mucho que creciera, por muchos años que pasaran, El Torbellino siempre sería mayor que él. Era una injusticia que no tenía solución.

Lukas se sentó en la cama. Miró de nuevo el reloj.

—Id más deprisa —les dijo a las manecillas—. Corred.

Pero aun así no se movían más rápido.

Tenía que hacer algo para que el reloj marcara las siete. Quizá podría ir de puntillas hasta la habitación de sus padres y adelantar las manecillas de su despertador. No, lo notarían. A su padre no le gustaba levantarse antes de lo necesario.

Lukas se tumbó de nuevo en la cama e in-

tentó pensar en El Torbellino. Era otra injusticia que su hermano tuviera un mote y que a él todo el mundo tan sólo le llamara Lukas. No sabía a quién se le había ocurrido la idea de llamarle a su hermano El Torbellino. Siempre había sido así. El Torbellino era realmente un torbellino. Nunca estaba quieto y cuando se sentaba a la mesa a comer no dejaba de moverse. Aunque Lukas pensaba que a lo mejor le llamaban El Torbellino porque era muy bueno con el monopatín. En el barrio donde vivían, en toda la calle Rönnbär, no había nadie que fuera tan bueno como El Torbellino con el monopatín. Alguna vez había intentado enseñarle cómo se hacía –a veces El Torbellino era el mejor hermano mayor del mundo–. Pero a Lukas aquello le parecía muy difícil y El Torbellino, que no tenía paciencia ninguna, enseguida se enfadaba con él.

Lukas pensaba que nunca sería tan bueno como El Torbellino con el monopatín. Tenía que encontrar alguna otra cosa en la que pudiera ser igual de bueno. Pero ¿qué podía ser? No lo sabía, y le resultaba difícil seguir pensando en eso porque en lo que más pensaba era en lo que le regalarían. Miró otra vez el reloj. Todavía faltaba una hora entera antes de que se despertaran sus padres.

¿Qué le habrían comprado? Había pedido esquís nuevos y un juego de ordenador, pero no esperaba que se lo regalaran. Mientras no

le compraran ropa. Ése sí que era un regalo malo. Con la ropa no se podía jugar.

Otro regalo malo era lo que los padres consideraban útil. Podía ser una lámpara para la mesilla de noche o una silla. O aún peor, una alfombra.

¡Imagina si me regalan una alfombra! Entonces sí que le iba a resultar difícil poner buena cara.

Cada mañana cuando se despertara, tendría que ver una útil alfombra en el suelo que no servía para nada. Las alfombras que compraban los padres no podían volar. Simplemente se quedaban en el suelo y si uno tenía mala suerte, se deslizaba con ellas y se daba un golpe en la cabeza.

De pronto Lukas tuvo la certeza de que le regalarían una alfombra. Estaba tan seguro que se enfadó sólo de pensarlo. Y tampoco la podría cambiar. ¿Cuál de sus amigos querría una alfombra? Y, claro, El Torbellino se echaría a reír.

–Es injusto –dijo Lukas en voz alta–. No quiero una alfombra nueva. Después se puso a pensar otra vez en El Torbellino. Había muchas cosas injustas. El cumpleaños de El Torbellino era en pleno verano y podían estar en el jardín. ¿Por qué el cumpleaños de Lukas tenía que ser en marzo, cuando todo estaba embarrado o hacía frío? No iban a sentarse en el jardín si nevaba o llovía.

Uno debería poder elegir, pensó Lukas. El

día del cumpleaños, el nombre y lo que uno va a saber hacer bien.

Se lo pediría para el año que viene. ¡Un cumpleaños nuevo!

Miró otra vez el reloj. Las manecillas sólo se habían movido un poquito.

El tiempo pasaba tan tremendamente despacio.

Después se quedó dormido, sin darse cuenta.

Oyó cómo sonaba el despertador en el dormitorio de sus padres. Se despertó cuando se encendió la luz de su habitación y allí estaban todos cantándole el cumpleaños feliz.

Y le hicieron un regalo.